

LOS VIAJES DE JOENES

ROBERT SHECKLEY



He aquí una obra magistral, a medio camino entre el Gulliver de Swift y el Cándido de Voltaire. Joenes, el héroe de este relato, representación moderna del «buen salvaje» de los filósofos del Siglo XVIII, se enfrenta a una América utópica, demencial... satírica *ad absurdum*. Pero, a la vez, terriblemente sangrienta. Porque pese a su aparente tono hilarante, Los viajes de Joenes es una obra profundamente seria, que no debe engañar con su tono aparentemente superficial.

Como dijo muy bien Avram Davidson, redactor jefe de la revista *Magazine of Fantasy & Science Fiction*, primera en publicarla: «Es probable que todos ustedes se rían mientras están leyendo, pero no se engañen, a menudo, esa risa suya va a convertirse en una burbuja de sangre emergiendo por las comisuras de su boca...».

Para Ziva, para Ruth Bornes, y
especialmente para Bill Bornes

INTRODUCCIÓN

El fabuloso mundo de Joenes desapareció hace más de un milenio. Sabemos que los Viajes de Joenes comenzaron alrededor del año 2000, y terminaron en nuestra era. Sabemos también que la época en que se produjeron estos Viajes era notable por sus civilizaciones industriales. La articulación mecánica que caracteriza el siglo XXI dio nacimiento a un buen número de extrañas realizaciones, ignoradas del lector moderno. De todos modos, casi todos nosotros hemos tenido ocasión de aprender, en uno u otro momento, lo que los ancianos entendían por «misil teledirigido» o por «bomba atómica». Algunas de estas creaciones fantásticas pueden verse todavía en algunos de nuestros museos.

En cuanto a Joenes, es cierto que existió realmente; pero carecemos de medios para verificar la autenticidad de todas las historias que a él se refieren. Sin embargo, incluso aquellas que son consideradas como alegóricas siguen siendo representativas del clima y del espíritu de aquella época.

Así pues, en esta obra hallarán ustedes reunidos un cierto número de relatos que evocan al gran viajero Joenes y a su maravilloso y trágico siglo. Entre estos relatos, algunos tienen por base documentos escritos, pero la mayor parte de ellos no poseen otra fuente que la tradición oral y han llegado hasta nosotros gracias a los narradores que los transmitían de una a otra generación.

Aparte esta obra, existe tan sólo una relación escrita de los Viajes: la de los *Cuentos Fijianos*, publicados recientemente, y en los que, por razones evidentes, el papel de

Joenes es presentado como secundario en relación con el de su amigo Lum. Esta actitud es enteramente contraria al espíritu de los Viajes y al propio contenido de los relatos. Es por esta razón precisamente por la que hemos sentido la necesidad de componer este libro, a fin de que el conjunto de las Historias de Joenes sea transcrito fielmente en su totalidad y preservado para las futuras generaciones.

Este volumen contiene pues todos los textos relativos a Joenes escritos en el siglo XXI. Estos son: «Encuentro de Lum y Joenes», del *Libro de las Fiji*, Edición Ortodoxa, y «Cómo Lum se unió al Ejército», también del *Libro de las Fiji*, Edición Ortodoxa.

Todas las demás historias pertenecen a la tradición oral; tienen por origen a Joenes o a sus discípulos, y son transmitidas de una a otra generación. El presente libro es la transcripción exacta de las palabras de nuestros más célebres narradores modernos; respeta hasta sus más ínfimos detalles sus puntos de vista, sus idiosincrasias, sus conclusiones, sus particularidades estilísticas, sus comentarios respectivos. Debemos dar las gracias a todos esos narradores por su amabilidad en autorizarnos a transcribir sus relatos. Esos hombres son:

Ma'aoa de Samoa
Maubingi de Tahití
Paau de las Fiji
Pelui de la Isla de Pascua
Teleu de Huahine

Hemos escogido los relatos o grupos de relatos por los cuales esas personas son más aclamadas. Su nombre se cita al inicio de cada historia. Y presentamos nuestras disculpas a todos los excelentes narradores a los que no hemos podido incluir en este volumen, y cuyas contribuciones deberán aguardar la compilación de un *Variorum* Joenes.

Para facilitar la lectura, estas historias son presentadas por orden cronológico, como los distintos capítulos de un relato, con un principio, una mitad y un fin. Pero el lector no puede esperar una narración armoniosa y racionalmente ordenada. Naturalmente, hubiéramos podido darle una continuidad añadiendo aquí, cortando allá, imponiendo al conjunto nuestro propio sentido del orden y del estilo. Pero hemos preferido dejar los relatos en su estado original, a fin de darle al lector los Viajes completos en toda su integridad. Nos ha parecido que era hacerles justicia a los narradores, y el único medio de relatar toda la verdad acerca de Joenes, las gentes con que se encontró y el mundo extraño por el que viajó.

Así pues, hemos respetado las palabras exactas de los narradores y copiado las dos narraciones escritas, sin inventar nada ni añadir comentarios de nuestra propia cosecha. Nuestra única iniciativa se halla en el último capítulo, en el que narramos cómo fue el final del Viaje.

Ahora, lector, le invitamos a conocer a Joenes, y a viajar en su compañía a través de los últimos años del antiguo mundo y los primeros años del nuevo.

1. JOENES EMPRENDE SUS VIAJES (según la narración de Maubingi de Tahití)

Nuestro héroe, Joenes, vivía en una pequeña isla del Océano Pacífico, un atolón situado a trescientos kilómetros al este de Tahití. Esta isla se llamaba Manituatua, y tenía tan solo tres kilómetros de largo por algunos cientos de metros de ancho. La rodeaba un arrecife de coral, y más allá de este arrecife se hallaba la inmensidad azul del Pacífico, Los padres de Joenes habían acudido desde su América natal a instalarse en aquella isla, donde quedaron a cargo del equipo que proporcionaba electricidad a casi todo el este de la Polinesia.

Cuando la madre de Joenes murió, su padre continuó solo; y cuando murió su padre, la Compañía de Electricidad del Pacífico le pidió a Joenes que prosiguiera la labor de su padre. Y Joenes aceptó, y estuvo realizando este trabajo hasta los veinticinco años, en cuya época las circunstancias le obligaron a cambiar de vida.

Estas circunstancias nacieron en la oficina ejecutiva de la Compañía de Electricidad del Pacífico, situada en San Francisco, en la costa oeste de América. Allí, orondos hombres que llevaban trajes, camisas, corbatas y zapatos se reunían en torno a una mesa circular de madera de teca. Esos Caballeros de la Mesa Redonda, como eran llamados, tenían en sus manos los hilos del destino de la mayor parte de los humanos. El Presidente del Consejo de Administración se llamaba Arthur Pendragon, y aunque el puesto había llega-

do a él por dinastía había tenido que librar encarnizados combates para poder ocupar aquel sitio que le correspondía por derecho. Inmediatamente después de su nominación, Arthur Pendragon se había apresurado a disolver el antiguo Consejo de Administración y sustituirlo por hombres afectos a él. Alrededor de la mesa estaban presentes Bill Lancelot, personaje de un gran poder financiero; Richard Galaad, muy conocido por sus obras de caridad; Austin Mordred, que poseía amistades en todos los medios políticos del estado; y muchos otros.

Esos hombres, cuyo imperio financiero estaba siendo amenazado desde hacía un cierto tiempo, se pronunciaron por la consolidación de su poder y el abandono inmediato de todo lo que no reportara claros beneficios. Esta decisión, por simple que pareciera en su tiempo, tuvo incalculables consecuencias.

En la lejana Manituatua, Joenes recibió la comunicación de la decisión del Consejo interrumpiendo el suministro de energía por parte de la central del Este de la Polinesia.

Así, Joenes se encontró de repente en paro. Pero, más que un empleo, lo que había perdido era toda una forma de vivir.

Durante la semana siguiente, Joenes reflexionó largamente acerca de su futuro. Sus amigos polinesios le rogaron que se quedara con ellos en Manituatua o, si lo prefería así, que fuera a vivir a una de las islas más importantes tales como Huahine, Bora Bora o Tahití.

Joenes escuchó atentamente sus proposiciones, y luego se aisló en un lugar apartado para sopesar los pros y los contras. Al cabo de tres días salió de aquel lugar para anunciar a la gente que aguardaba su decisión su intención de partir hacia América, el país natal de sus padres, a fin de ver con sus propios ojos las maravillas descritas por los libros y decidir si realmente estaba allá su destino; si no era así, regresaría con sus queridos polinesios, con la mente

limpia y el corazón alegre, dispuesto a hacerles todos los servicios que le pidieran.

La consternación se apoderó de todos sus oyentes, ya que sabían que el país de América era más peligroso aún que el imprevisible océano; y que los americanos eran unos brujos, unos magos que, mediante sutiles encantamientos, podían transformar por completo el modo de pensar de un hombre. Otros polinesios habían viajado a América, se habían expuesto a sus encantos, y nunca habían regresado. Uno había llegado incluso a visitar la legendaria Madison Avenue. Sin embargo, Joenes estaba decidido a partir.

Joenes estaba prometido con una joven manituatuaniana de dorada piel, almendrados ojos, negros cabellos, formas seductoras, y concedora del corazón de los hombres. Se llamaba Tondelayo. Joenes le propuso que la enviaría a buscar apenas estuviera instalado en América, o bien volvería junto a ella si la fortuna no le sonreía. Ninguna de las dos proposiciones sedujo a Tondelayo, que le respondió de esta manera, en el dialecto preponderante en aquellos parajes:

—¡Hey, tú, tonto blanco!, ¿de veras quieres ir a Mélica? ¿Para qué, eh? ¿Hay más cocos en Mélica, eh? ¿Playas más grandes, eh? ¿Mejores peces, eh? ¡No! ¿Crees que allí hacen mejor el chumbi-chumbi, eh? ¡Te digo que no! ¡Es mejor que te quedes aquí a comer nuestros cocos y nuestros peces y disfrutar nuestras playas y hacer el chumbi-chumbi conmigo, eh!

Así razonó con Joenes la encantadora Tondelayo. Pero Joenes respondió:

—Querida, ¿crees que me gusta dejarte a *ti*, el epítome de todos mis sueños y la cristalización de mis deseos? ¡No, querida, no! Esta partida me llena de temor, ya que ignoro qué destino me acecha en aquel frío mundo del este. Sólo sé que el hombre debe partir, debe mirar de frente a la gloria y a la fortuna, y si es preciso incluso a la misma muerte. Ya que tan sólo cuando haya comprendido el mundo del

este, ese mundo del que no sé nada excepto lo que me contaron mis difuntos padres y leí en sus libros, podré regresar a estas islas y dejar transcurrir en ellas el resto de mi vida.

La hermosa Tondelayo escuchó atentamente aquellas palabras, sopesándolas largo tiempo. Y entonces la muchacha de las islas pronunció las palabras nacidas de una profunda y simple filosofía que sus antepasados se habían transmitido de madre a hija, generación tras generación:

—¡Hey, blancos estúpidos, todos vosotros sois iguales, sí! Primero hacer chumbi-chumbi con pequeña wahine y luego moriros de deseos de ir a hacer chumbi-chumbi con tonta mujer blanca americana, sí. Y mientras la palmera crece, el coral crece, y el hombre debe morir allí. Sí.

Joenes no pudo hacer más que inclinar su cabeza ante la ancestral sabiduría de la muchacha de las islas. Pero su decisión no se tambaleó por ello. Sabía que su destino era acudir a ver el país de América de donde habían venido sus padres, aceptar todos los peligros que se le presentaran, enfrentarse al indescifrable destino que tiende sus trampas a todos los hombres. Besó a Tondelayo, que se echó a llorar al ver que sus palabras no hacían ninguna mella.

Los jefes de los alrededores ofrecieron en honor a Joenes un festín de despedida, en el cual se sirvieron comidas exóticas de las islas tales como carne enlatada y pina en conserva. Cuando el mercante hizo escala en Manituatua trayendo la ración semanal de ron, despidieron tristemente a su muy querido Joenes.

Y fue así como Joenes, oyendo aún resonar en sus oídos las melodías de la isla, navegó a lo largo de Huahine y de Bora Bora, de Tahití y de Hawai, para llegar finalmente a la ciudad de San Francisco, en la costa Oeste de América.

2. ENCUENTRO DE LUM Y JOENES

(según las propias palabras de Lum, tal como están narradas en el Libro de las Fiji, Edición Ortodoxa)

Bueno, creo que todos vosotros sabéis cómo es eso. Tal como dijo Hemingway: «Os deja el alcohol, os deja la chica, ¿y qué es lo que os queda?». Bueno, pues yo estaba en el muelle, esperando el cargamento semanal de peyote, y no estaba haciendo absolutamente nada, tan sólo estaba allá de pie mirándolo todo, la gente, los grandes barcos, la Golden Gate, ya sabéis. Acababa de echarme dentro un bocadillo de auténtico salame italiano con auténtico pan de centeno y, con el peyote que debía llegar, me sentía a mis anchas dentro de mi piel. Bueno, ya sabéis, quiero decir que a veces uno no se siente mal del todo, aunque tu chica se haya largado.

Bueno, pues hete aquí que llega un barco y aparece ese tipo. Era una especie de cosa alta, con un bronceado auténtico, unos hombros así, una camisa de lona, unos pantalones que estaban en las últimas y sin zapatos. Así que evidentemente pensé que era un tipo OK. Bueno, quiero decir que tenía el aire OK. Me acerqué a él y le pregunté si era en aquel barco en el que llegaba la mierda.

El tipo me miró y dijo:

—Me llamo Joenes. Soy extranjero aquí.

Inmediatamente me di cuenta de que no estaba en el ajo y miré hacia otro lado.

—¿Sabe dónde puedo encontrar trabajo? —me dijo—. Es la primera vez que vengo a América y quiero aprenderlo todo de ella, saber lo que me reserva y lo que yo puedo darle.

Lo miré de nuevo porque ahora ya no sabía; parecía estar en el ajo, es cierto, pero hoy en día cualquiera puede parecer estar en el ajo si sabe hacerlo ver, y si uno tiene labia puede incluso trepar hasta el gran Salón de Té en el Cielo donde manda el Alcahuete Mayor de Todos Nosotros, los pijos. Bueno, puede que tal vez intentara dármela con ese aire de no estar en el ajo. Eso es precisamente lo que hacía Jesús; claro que él sí estaba en el ajo, y todos nosotros estaríamos en su campo si todos esos pijos lo dejaran en paz. Así que le pregunté a ese Joenes:

—¿Estás buscando trabajo? ¿Qué es lo que sabes hacer?

Y Joenes me respondió:

—Puedo operar un transformador eléctrico.

—Que te aproveche —le dijo.

—Y tocar la guitarra —añadió.

—Bueno, hombre —dijo—, ¿por qué no me lo largaste en seguida, en lugar de tirarme a la cabeza tu trasto eléctrico? Sé de un antro donde podrás tocar, a muy pocos pasos de donde están los pijos. ¿Tienes pasta, muchacho?

Ese Joenes apenas sabía nada del lenguaje común de cada día, de modo que tuve que explicárselo todo, desde la A hasta la Z. Pero lo pescó aprisa, acerca de todo eso de tocar la guitarra en un antro y de lo de los pijos, de modo que le ofrecí que se quedara lo que quisiera en mi madriguera. ¿Por qué no, si mi chica se había largado? Me sonrió y me dijo que de acuerdo, que eso le iba al pelo. Inmediatamente me preguntó que cuál era la situación aquí, y aparte esto qué podía hacer para distraerse un rato. Aunque no era del lugar, parecía OK. Entonces le dije que por el lado chicas que bueno, que podía arreglarse, y que en cuanto a las demás distracciones lo único que tenía que hacer era

quedarse a mi lado y ver venir la cosa. Pareció entender. De modo que lo llevé a mi madriguera y le di un verdadero bocadillo de auténtico pan de centeno de ese que tiene pipas enteras dentro y un trozo de queso suizo que había venido realmente de Suiza y no de Wisconsin. Estaba tan pelado el pobre Joenes que tuve que prestarle mi propia guitarra, ya que me dijo que la suya la había dejado en su isla, si es que esa isla existía en algún lugar del mapa. Luego fuimos al antro.

Joenes lo hizo bien con su guitarra y sus canciones, puesto que cantaba en una lengua que nadie entendía, lo cual era muy bien visto por todos los pijos. Los turistas lamían aquello como leche fresca, y Joenes se embolsó aquella noche 8,30 dólares, lo cual bastaba para una buena chupada de auténtico vodka ruso, y que sodomicen a quien considere que esto no es patriota. Entonces una muñequita que no debía medir más de metro y medio pelo incluido empezó a mirarle con ojos tiernos, lo cual no era extraño ya que Joenes tenía su estatura, sus hombros tal como deben ser unos hombros, y su cabello rubio descolorido por el sol. Un tipo como yo tiene que esforzarse un poco más, ya que soy más bien chaparro y mi barba está algo así como enmarañada, de modo que a veces tengo que tomarme un cierto tiempo. Joenes, por el contrario, era del tipo magnético. Incluso una mujer de los pijos vino a preguntarle si ya había volado por todo lo alto, pero la atajé en seco porque el peyote había llegado y ¿por qué cambiar una migraña por una indigestión?

Así pues Joenes, su muñequita, que se llamaba Deirdre Feinstein, y otra pollita que me busqué para mí, nos fuimos a mi madriguera. Le mostré a Joenes cómo había que hacerlo para chafar los botones de peyote y todo lo demás, y luego lo tomamos y volamos todos al cielo. Nosotros volamos, puesto que Joenes estalló como una bombilla de mil vatios, y tuve que decirle que había que ir con cuidado con los polis que merodean por las calles de San Francisco para

echarle la zarpa a todo recién llegado al que pesquen para estrenar sus hermosas prisiones relucientes de tan nuevas, pero no pude impedir que se subiera a la cama y lanzara su discurso. Fue un hermoso discurso, ya que el sonriente chico recién llegado de las lejanas colinas se desmelenaba realmente por primera vez en su vida, y nos transmitió su palabra tal como sigue:

—Amigos míos, he venido hasta vosotros desde mi lejano país de arena y cocoteros con ansias de descubrimiento, y me considero el más feliz de los hombres ya que, apenas dados dos pasos sobre vuestra querida tierra, he sido presentado a vuestro líder, el rey Peyote, he sido elevado en lugar de ser denigrado, he visto las maravillas de este mundo, unas maravillas que enrojecen a mi alrededor y llueven por todos lados como un diluvio. Sólo de un modo imperfecto puedo expresarles a mi querido camarada Lum todo mi reconocimiento. En cuanto a mi nuevo amor, la voluptuosa Deirdre Feinstein, diré que veo crecer en mi una gran llama y soplar un viento tempestuoso. Y en cuanto a la novia de Lum, cuyo nombre desgraciadamente no recuerdo, diré que la amo como a una hermana, incestuosamente y sin embargo con una inocencia nacida de la inocencia misma. Y además...

Bueno, ese Joenes no dejaba de tener potencia de voz. Me atrevería a decir que se parecía a un elefante marino en época de celo. Y aquello era demasiado para mi madriguera, de modo que los vecinos de arriba, esos cerdos degenerados que se levantan todas las mañanas a las ocho para arrastrarse a sus trabajos, empezaron a patear el suelo gritando que ya era demasiada orgía y que acababan de llamar a los polis, de modo que ya lo sabíamos.

Joenes y las chicas estaban en pleno viaje. Yo, por mi parte, me enorgullezco de mantener la mente serena en cualquier ocasión, sea cual fuera la nube que flotara en mis pulmones o el líquido que se agitara en mis venas. Quise tirar el resto del peyote por la taza del water, pero Deirdre,

que algunas veces llega a darme miedo con su valor, quiso ocultarlo dentro de su sujetador, donde dijo que nadie tendría la osadía de ir a buscarlo. Les hice salir a todos de la madriguera, Joenes aferrando mi guitarra en su bronceada mano, y llegamos abajo justo en el momento en que un coche lleno de polis se detenía en la acera de enfrente. Recomendé a todos que marcharan en fila india y bien derechos como en un desfile, ya que uno no puede jugar con fuego cuando se lleva mierda encima. Pero no sabía hasta qué punto Deirdre estaba volando.

Echamos a andar todos en fila india, y los polis llegaron a nuestro lado echándonos miradas de poli, y luego comenzaron a lanzar comentarios soeces sobre los beatniks, la inmoralidad y todo eso. Les dije a los otros que siguieran andando como si estuviera lloviendo, pero esa maldita Deirdre no se deja decir según qué cosas. De modo que se detuvo para decirles a los polis lo que ella pensaba de ellos, cosa que no es en absoluto recomendable cuando uno tiene su vocabulario y su imaginación creadora.

El jefe de los polis, un sargento, dijo:

—OK, hermana, ven con nosotros. Quieres jaleo, ¿eh?

Y, forcejando y tironeando, arrastraron a la pobre Deirdre hasta su coche. Vi como Joenes fruncía el ceño, los contemplaba con aire sombrío, y me dijo ya la hemos liado, ya que cargado como estaba debía sentirse lleno de afecto por Deirdre y probablemente por todo el mundo, excepto los polis, claro.

—Muchacho —le dije—, quédate tranquilo, esto tenía que pasar; cuando a Deirdre se le mete algo en la cabeza, lo suelta o revienta. Desde que se fue de Nueva York para estudiar el Zen se pasa el tiempo insultando a los polis y dejándose coger, pero eso no tiene nada de trágico puesto que es la hija de Sean Feinstein, un tipo podrido de dólares, y los polis se contentan con esperar a que termine en paz su viaje y luego la sueltan. Pero tú no eres hijo de Sean